

## **DOMINGO IV DE CUARESMA (DOMINICA LAETARE)**

**Homilía del Sr. Cardenal Arzobispo de Barcelona, Dr. Lluís Martínez Sistach  
2 de marzo de 2008**

Presido con satisfacción la Misa Conventual en nuestro querido y entrañable Santuario de Santa María de Montserrat en este IV Domingo de Cuaresma. He subido a la Santa Montaña para dar gracias a Dios en la casa de la Madre que siempre ha estado muy presente en mi vida, por el don del servicio que el Santo Padre Benedicto XVI me ha confiado.

El pasado 24 de noviembre, el Papa me creó Cardenal de la Santa Iglesia Romana en el Consistorio público en San Pedro del Vaticano. Esta deferencia bondadosa de Benedicto XVI no lo ha sido sólo para mí, sino también para la diócesis de Barcelona y para Cataluña. Ha sido una expresión de su afecto hacia todos nosotros y hacia el trabajo pastoral que realiza con ilusión, esfuerzo y constancia nuestra Iglesia en nuestro país. Es por eso que os pido que os unáis a mi acción de gracias a Dios y también al sucesor de San Pedro, el Obispo de Roma.

En el Consistorio, Papa manifestó que el Colegio Cardenalicio es una auténtica "sinfonía de catolicidad", afirmando que "la universalidad y la catolicidad de la Iglesia quedan bien reflejadas en la composición de este Colegio" (*Homilía en el Consistorio público*, de 24 de noviembre de 2007). Nuestras Iglesias que peregrinan en Cataluña enriquecen y se enriquecen con esta catolicidad ayudándonos a vivir más intensamente la dimensión misionera y evangelizadora de la vocación cristiana. Nuestro agradecimiento se tiene que manifestar constantemente con el enriquecimiento de nuestra comunión afectiva y efectiva con el sucesor de Pedro, ya que los cardenales están llamados a cumplir con responsabilidad todavía mayor su comunión con el Obispo de Roma.

Os pido, también, que os unáis a mi petición al Señor por intercesión de la Santa María de Montserrat a fin de que ponga en práctica estas palabras que Benedicto XVI nos dirigió a los nuevos cardenales: "Al ingresar en el Colegio Cardenalicio, el Señor os pide y os confía el servicio del amor y amor a Dios, amor en su Iglesia, amor a los hermanos con una dedicación máxima e incondicional "hasta el derramamiento de la sangre", tal como dice la fórmula para la imposición del capelo y como muestra el color rojo de vuestras vestiduras". Sin embargo, este servicio del amor y este testimonio hasta dar la propia vida es también propio de todos los cristianos que hemos sido ungidos por el bautismo.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos habla del Bautismo. Estamos en el centro de la Cuaresma, tiempo catecumenal que prepara para la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana. Samuel es enviado a la casa de Jesé para unguir a uno de sus hijos. Es el Señor quien tiene la iniciativa, escogiendo al que Él quiere. El Señor, a diferencia de nosotros, como le sucedió a Samuel, no se fija en los aspectos externos. Todos somos escogidos por el Señor y hemos sido ungidos como David, como Cristo, para convertirnos en otro Cristo en medio de nuestro mundo. Dios nos ha escogido y nos ha salvado gratuitamente.

El evangelio del ciego de nacimiento se leía a los catecúmenos en su inolvidable jornada del "gran escrutinio". Ya el arte paleocristiano de las catacumbas representaba la historia del ciego de nacimiento como símbolo del Bautismo. La Iglesia antigua vio en esta página del Cuarto Evangelio una meditación bautismal. Hoy también tiene que ser así, para los que ya estamos bautizados y para los catecúmenos que se están preparando para recibir el Bautismo en la noche de Pascua.

En el fragmento de la Carta a los Efesios escuchamos la resonancia de una homilía bautismal de la Iglesia apostólica. "En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor". Cristo es nuestra luz y nosotros - cristianos - somos en el mundo la luz de Cristo.

El ciego de nacimiento del evangelio de hoy es el prototipo del proceso de conversión a Jesús, a la luz. Él descubre a Jesús paso a paso, cumple todas sus indicaciones, acepta su Palabra, lo confiesa y lo adora. Cuando Jesús le manifiesta que Él es el Hijo del hombre, el evangelio nos dice que el ciego le dijo: "Creo, Señor. Y se postró ante él". Cuando se leían estas palabras a los catecúmenos, ellos las hacían suyas y las firmaban recitando el Credo.

Para recibir el don de la fe y el bautismo, para ver la luz de Cristo, hace falta la humildad. Al final del fragmento evangélico Jesús ha utilizado una expresión paradójica, al estilo oriental, contraponiendo los que ven y los que no ven. Los primeros no verán la Luz, son los que en las cosas de Dios están seguros de saberlo todo con su propia fuerza. Son los autosuficientes. No hay camino mejor para perder la fe que la soberbia de mente y de corazón. Los que no ven, a los que tienen conciencia de su limitación, saben caminar con paso humilde, en actitud bautismal, en el agua de Siloé. Transparentes, se identifican con la Luz que un día les iluminó y continúa iluminándoles: es la Luz de Cristo.

La Cuaresma, tiempo catecumenal, pone de relieve la urgencia de la evangelización. Ésta es la tarea más necesaria de la Iglesia en Cataluña y en todas partes. Urge un anuncio explícito de Jesucristo, con palabras y con el testimonio de la vida. Tenemos que asumir plenamente que nuestra situación es de misión. Y tenemos que asumirla jubilosamente. El sentido de la misión encomendada por Jesús proyecta nuestras comunidades hacia adelante. No nos tendríamos que lamentar tanto de ciertos cambios culturales. La levadura cristiana puede hacer fermentar muchas culturas, también la que hoy vemos nacer y que a menudo nos desconcierta.

Constatamos en la sociedad indiferencia, increencia y crisis de fe. Nos tenemos que preguntar qué parte de responsabilidad tenemos nosotros los cristianos ¿No habría, en nuestra tierra, más sabor cristiano, si fuéramos, de veras, sal que sala? Como decíamos los obispos de Cataluña "somos requeridos a un trabajo atento de restauración de aquello que hemos heredado y se ha estropeado y, al mismo tiempo, a la edificación de obra nueva, de cara al futuro. Pues bien, desde una perspectiva de misión, ésta segunda es nuestra tarea prioritaria" (*Creer en el Evangelio y anunciarlo con nuevo ardor*, febrero 2007).

En el Concilio Provincial Tarraconense, los cristianos de Cataluña "hemos mirado toda esta realidad eclesial y social con una inmensa simpatía, a la vez que iluminados por la mirada del buen Pastor que desea que las ovejas conozcan su voz y lo sigan para tener vida" (Prefacio). En nuestra sociedad plural tenemos que proponer sin imposiciones, pero de manera atrayente y esperanzada, los valores del Evangelio sobre la persona humana, su dignidad y su vocación trascendente. Tenemos que ofrecer nuestra voz profética y al mismo tiempo dialogando, colaborando de manera constructiva para alcanzar juntos el bien de las personas y de la sociedad. Los cristianos tenemos que trabajar para alcanzar un clima de serenidad, sin crispaciones ni tensiones, en el seno de la convivencia social. Estamos convencidos de que cuando el Evangelio es acogido por las personas, la comunidad civil se hace también más responsable, más atenta a las exigencias del bien común y más solidaria con los necesitados.

Acabo con las mismas palabras conclusivas de la homilía de Benedicto XVI al imponernos el anillo a los nuevos Cardenales. El Papa dijo: "Pongamos todos juntos esta misión vuestra bajo la protección atenta de la Madre de la Iglesia, María Santísima. A ella, unida a su Hijo en el Calvario y asunta como Reina a su derecha en la gloria, le encomendamos a los nuevos purpurados, al Colegio Cardenalicio y a toda la comunidad católica, comprometida a sembrar en los surcos de la historia el Reino de Cristo, Señor de la vida y Príncipe de la paz". Querida comunidad benedictina, queridos hermanos que participáis en esta eucaristía y los que la seguís por radio y televisión, pongamos todo eso bajo la protección atenta de nuestra querida Santa María de Montserrat.